

y vivan perpetuamente en guardia, temiendo la posibilidad de una revuelta. Los tiempos actuales son de paz; pero algunos de los gobernantes, antes de ocupar sus puestos, fueron revolucionarios, y por esto mismo no quieren entregarse á la confianza.

Las revoluciones de Santiago del Estero tienen la buena condición de la rapidez. Se juntan los revoltosos en armas y asaltan inesperadamente el Palacio ó el domicilio del gobernador: sorprenden á éste, lo retienen secuestrado unos cuantos días, mientras se constituye el nuevo gobierno, y al final lo dejan en libertad. Si la fuerza pública resiste, se entabla un combate en las calles que causa muchas bajas, pues el criollo dedica á las luchas de la provincia, por un simple cambio de personas, el mismo encono y tenacidad de una guerra nacional por la defensa del territorio.

Muchos políticos de acción de Santiago del Estero llevan en el cuerpo marcas indelebles de sus hazañas revolucionarias. El intendente de la ciudad, Don Andrés Figueroa, es un joven fornido, vigoroso, arrogante, con algo en su figura que recuerda á Dantón y los convencionales. Un balazo recibido en una intentona revolucionaria ha desfigurado su nariz. Esta autoridad municipal

me relataba cómo había intervenido en unas cuantas revoluciones, antes de que triunfaran los suyos y ocupase él la intendencia.

El clima ardoroso de la capital santiagueña modifica totalmente los procedimientos revolucionarios, que son como de ritual en todos los países del globo. Desde siglos remotos, la hora de las conspiraciones y de las sorpresas ha sido la media noche, momento oportuno de pillar descuidado al enemigo.

En Santiago del Estero, durante el verano, la noche no es propicia á una revolución. La gente se halla desvelada por el calor; los clubs están abiertos hasta muy tarde; en las casas quedan las ventanas de par en par.

La hora de «dar el golpe» es el medio día, cuando el sol parece que saca chispas del adoquinado y ni los gatos se atreven á circular por las calles. Los insurgentes armados se reúnen con toda tranquilidad, llegan á la plaza y asaltan el Palacio de Gobierno, sin otros defensores que algunos guardianes, que dormitan refugiados en los rincones más frescos.

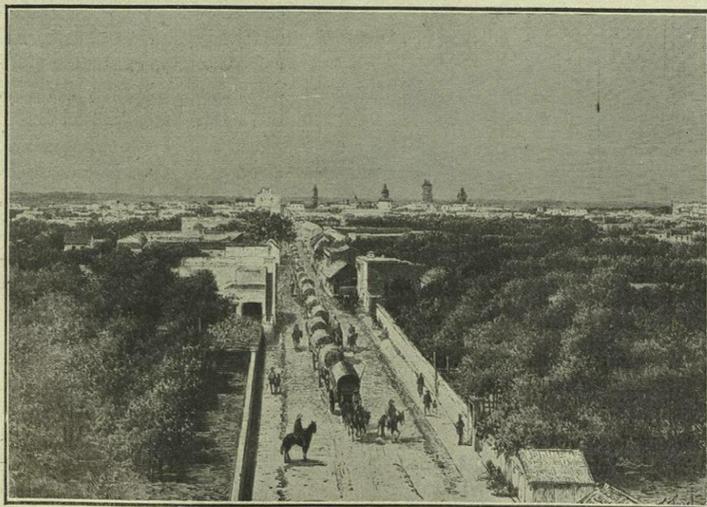
La revolución triunfa, y el gobernador es destituido con todos sus ministros y amigos, mientras Santiago del Estero duerme la siesta.

TUCUMÁN

Todo el que conoce el territorio argentino, al pronunciar la palabra Tucumán ve instantáneamente en su imaginación un panorama de árboles gigantescos, con los troncos ocultos bajo el velo de frondosas orquídeas; risueños jardines, arroyue-

los que serpentean en las pendientes de las colinas, naranjos de un verde denso y charolado, inmensos cañaverales de azúcar; y percibe en el olfato al mismo tiempo el voluptuoso incienso del azahar y el agudo perfume de la melaza. Sarmiento llamó á Tucumán «el jardín de la República»; otros autores más modernos, impulsados por su afán de encontrar en Europa los términos de comparación, la titulan «Niza argentina»; el poeta Echevarría exclamó: «Tucumán, tierra bendecida por la fecunda mano del Creador».

Tiene altas montañas, dilatadas llanuras, numerosas corrientes de agua; una estupenda variedad que pasa desde la cálida planicie, donde crece la caña de azúcar, á los picos del Aconquija, cubiertos de nieve gran parte del año; verdes campiñas y extensas pampas; bosques de pródiga frondosidad y peñascales áridos y pintorescos; todo en un reducido



TUCUMÁN. AFUERAS DE LA CIUDAD

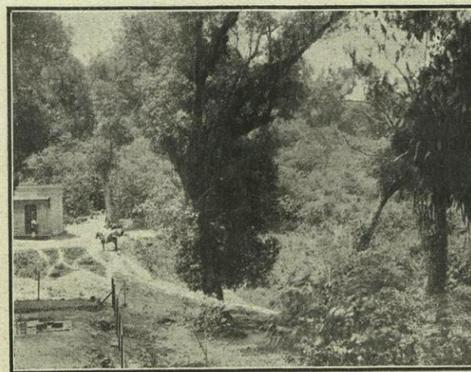
espacio, pues la provincia de Tucumán es la más pequeña de la República. Su superficie no abarca más de 24.000 kilómetros, espacio casi insignificante comparado con las enormes extensiones de otras provincias y de los territorios nacionales.

En cambio, es la de mayor densidad de población, pues sobre estos 24.000 kilómetros viven 300.000 habitantes, lo que da por resultado un número de personas por kilómetro que no alcanza, ni remotamente, ningún país argentino.

Si toda la República estuviese tan poblada como la provincia de Tucumán, Argentina sería una nación enorme.

Esta población sigue desarrollándose hasta el punto de aumentar en un 25 por 100 todos los años. La industria realiza el prodigioso aumento, atrayendo gentes de otros países americanos, de las provincias argentinas y de Europa, que buscan trabajo en sus fábricas é ingenios.

La provincia de Tucumán es la gran productora de azúcar. Además, el algodón y todos los frutos de la zona tropical dan en ella magníficos resultados. Su clima, que es el más húmedo del país argentino, hace surgir del suelo una vegetación propia de las tierras tropicales. La temperatura media es de las más elevadas de la República; pero ofrece alguna desigualdad, pues en ciertas noches de invierno llega á congelarse el rocío, brillando al amanecer como una lluvia de diamantes sobre las hojas de las plantas. Durante el verano templan el excesivo calor las frescas brisas procedentes de la montaña. Las tempestades, con sus lluvias, lavan el paisaje, dándole nueva juventud. Los



LA SELVA TUCUMANA



UN MANANTIAL EN LA SELVA TUCUMANA

bosques espesos exhalan después de una tormenta el fresco olor de la vegetación mojada, y los arroyos, engrosados por la lluvia, se despeñan con el murmullo alborozado del agua batida.

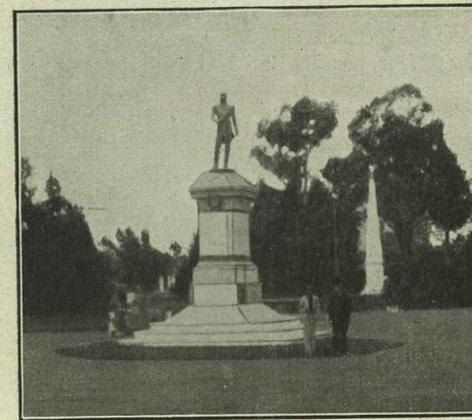
La espléndida hermosura de la tierra tucumana ofrece ciertos defectos. Las lluvias del verano, al mismo tiempo que despiertan en este país una fertilidad asombrosa, desarrollan la fiebre intermitente llamada *chucho*, que no pone en peligro la vida, pero molesta dolorosamente. El *chucho* ataca con especialidad á los forasteros; pero muchos hijos del país también lo sufren como una enfermedad endémica.

El suelo de Tucumán tiene una parte llana y otra montañosa, que es la del

sistema del Aconquija. Hay en esta última valles muy fértiles, como los de Tafi, Famayá, San Javier y otros más pequeños. La llanura no es menos fecunda que los valles, pues la refrescan numerosas corrientes de agua procedentes de la sierra. Estas corrientes forman veinticuatro ríos, que afluyen al río Salí.

Las montañas de Tucumán abundan en minas de ricos metales; pero las gentes del país creen más en la mina de la agricultura que en las explotaciones metalúrgicas. El cultivo de la caña y la industria azucarera forman la principal fuente de riqueza: 70.000 hectáreas están dedicadas al cultivo de la caña, que producen alrededor de 180 millones de kilos de azúcar, de los cuales se exportan grandes cantidades.

Se cultivan igualmente en la provincia el tabaco, el algodón, el arroz, la banana, que en algunos valles compete con las mejores del Brasil; el maíz, que ocupa una gran extensión, y el trigo, en proporciones más modestas. Los árboles frutales producen ópimas cosechas en algunos puntos de la sierra. Después de la agricultura, la segunda industria del país es la ganadería, con más



TUCUMÁN. ESTATUA DE BELGRANO



UNA COLONIA AZUCARERA

de 600.000 cabezas, pertenecientes en su mayor parte al ganado vacuno, mejorado y mestizado por el cruce con valiosas castas. La tercera industria tucumana es la manufacturera, que fabrica tejidos de lana, ponchos de vicuña y bordados primorosos.

Los gobernantes de Tucumán se han preocupado mucho de la educación pública, dedicando a la enseñanza una parte considerable del presupuesto. Hoy tiene la provincia cerca de 300 escuelas, con 600 maestros y más de 38.000 alumnos. Además, mantiene varios establecimientos, en los que se enseñan las reglas del comercio y de la agricultura, ó se practican las artes manuales.

Hijo de Tucumán fué el ilustre escritor y político Don Juan Bautista Alberdi, que lanzó a la circulación la célebre fórmula «Gobernar es poblar». La población de la República ha aumentado mucho desde los tiempos en que Alberdi dijo estas palabras. A partir de Sarmiento y otros argentinos ilustres que se han preocupado del desarrollo de la escuela, la fórmula «Gobernar es educar» ha venido a unirse a la anterior.

* * *

La actual provincia de Tucumán hace remontar sus orígenes coloniales a la llegada de un exiguo grupo de españoles; el famoso y casi legendario capitán César,

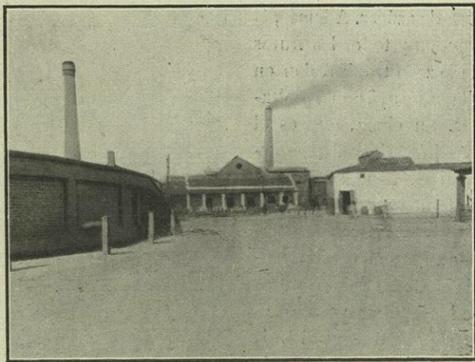


CASA DE UN DUEÑO DE INGENIO

que con cuatro soldados abandonó la expedición de Gaboto en 1528, metiéndose tierra adentro, para fundar la portentosa y nunca vista «ciudad de los Césares», objeto de tantas leyendas y controversias. Estos cinco aventureros de loco valor, tal vez perecieron ignoradamente de hambre en algún desierto, adonde les arrastró su audacia, ó á manos de los indios; pero la misma oscuridad de su fin dió motivo á las más estupendas invenciones.

Cuando el virreinato del Perú reconoció la formación del gobierno del Tucumán, independiente del gobierno de Chile, no existía aún ninguna ciudad en lo que es hoy provincia de Tucumán. Comprendíase en su nombre (que fué el de un cacique, como ya dijimos), á las actuales provincias de Córdoba, Catamarca, Santiago del Estero, Tucumán, Rioja, Salta y Jujui; pero en aquel entonces, ó sea bajo el gobierno del capitán Francisco de Aguirre, no existía más ciudad que la de Santiago.

Fué en 1565 cuando Don Diego de Villarroel, sobrino del gobernador Aguirre, fundó la ciudad de San



PATIO DE UN INGENIO

Miguel de Tucumán á alguna distancia del lugar que ocupa actualmente, conservándose todavía sus ruinas con el nombre de Pueblo Viejo. Los gobernadores de San Miguel de Tucumán, dependientes de Santiago del Estero, pasaron un siglo combatiendo á los indios quilmes y tolombones, que ocupaban los valles calchaquíes de la actual provincia de Salta, gentes belicosas que únicamente dejaron en paz á los colonizadores españoles cuando fueron expulsadas del territorio.

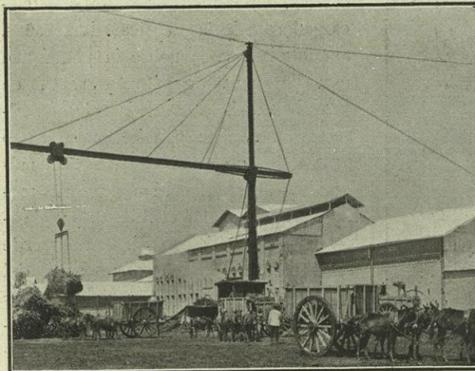
El primitivo San Miguel de Tucumán estaba mal emplazado, pues sus fundadores sólo se cuidaron de buscar una posición favorable para la defensa. Sus aguas eran malsanas y daban origen á la enfermedad del bocio. Al pacificarse el país, pudieron fundar nuevas ciudades sin curarse ya de las condiciones defensivas de su emplazamiento, y por esta razón, en 1685, San Miguel de Tucumán fué trasladado á un lugar que se llamaba La Toma, y que es el que ocupa actualmente. La Compañía de Jesús establecióse en la nueva ciudad, adquiriendo gran influencia, hasta que fué expulsada en 1767. De todos los gobernadores españoles de Tucumán, el más célebre fué el alférez Matorras, que realizó

importantes expediciones al Chaco, fijando los límites entre Tucumán y Salta.

San Miguel de Tucumán figuró durante el virreinato del Río de la Plata como una de las ocho intendencias en que se hallaba dividido éste. La libertad de comercio decretada por Carlos III en tiempos del virrey Zavallos, desarrolló considerablemente su riqueza agrícola.

Durante la guerra de la Independencia, la victoria alcanzada en sus alrededores por el general Belgrano, con el auxilio de las milicias del país, proporcionó gran fama á esta ciudad, facilitando su constitución en provincia, aparte de Salta y de Santiago del Estero. La reunión del famoso Congreso que en 9 de Julio de 1816 proclamó la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, dió un renombre imperecedero á la ciudad de Tucumán.

En 1840 ésta provincia fué el núcleo de la Liga del Norte, movimiento regenerador intentado contra la tiranía de Rosas. El ilustre mártir Don Marco Avellaneda figuraba al frente de la revolución con todo el pres-



UN DESCARGADOR DE CAÑA

tigio de su elocuencia tribunicia; su ilustración y su ardor juvenil. La Liga fué vencida y Avellaneda degollado en Metán, por orden del general Orive, teniente de Rosas.

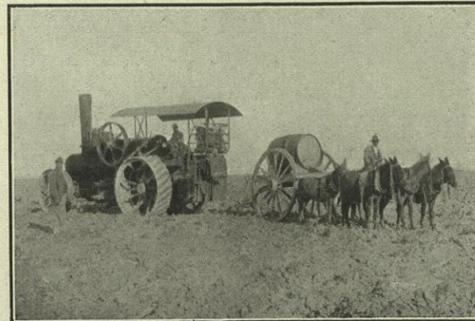
Al terminar el despotismo y constituirse definitivamente la nación, Tucumán dedicó todas sus fuerzas al ejercicio de las artes de la paz, desarrollando su agricultura, hasta alcanzar el próspero estado que goza actualmente.

* * *

La campiña inmediata á la ciudad ha cambiado mucho en el transcurso de medio siglo.

Sarmiento la describe en un pasaje de su libro más famoso como un lugar paradisíaco, con frondosos bosquecillos, jardines naturales y grandes extensiones de naranjos, que llegaban hasta las entradas de Tucumán.

La industria ha transformado completamente sus alrededores. Hoy no existen en ellos más arboledas que las de los jardines públicos y particulares. La caña de azúcar ocupa inmensos terrenos, que antes servirían de



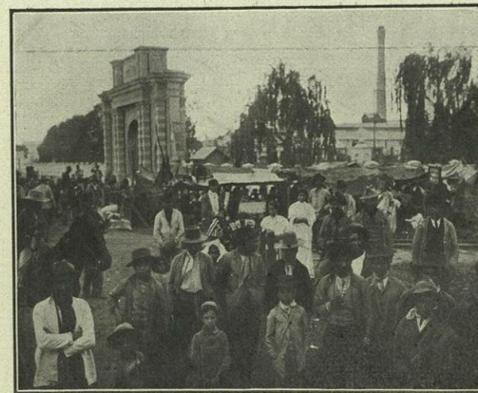
TRABAJOS AGRÍCOLAS EN EL CAMPO TUCUMANO

asiento á floridos bosques. Los ingenios, con sus barridas semejantes á pueblos, álzanse en la llanura, cubierta en otros tiempos por la selva.

Tucumán es indudablemente menos pintoresca que hace medio siglo; pero su riqueza ha aumentado enormemente. Aun así, es uno de los países más hermosos de la Argentina. La selva tucumana, de asombrosa frondosidad, sigue existiendo como en otras épocas; pero se ha alejado de la capital, como si huyese del hombre, que necesita tierra libre para sus industrias.

En los días claros, el humo de los ingenios y el rojizo polvo de los caminos forma ligeras nubes sobre la llanura, en la que se retuerce el río Salí, recibiendo sus afluentes y llevando la vida á toda la región. Los campos de caña alternan con pequeños bosques aislados. Los ingenios alzan sus chimeneas sobre este mar de verdura, y en torno de ellos agrúpanse las barridas de pequeñas casitas que sirven de viviendas á los peones.

La vegetación arborescente, repelida por el cultivo del azúcar, retrocede y se expansiona en torno de las quintas ó al borde de los arroyos. Saucos gigantescos mueven su cabellera á ras del agua; los pacarás yérguense soberbios como torres; los bananeros agitan los abanicos de sus hojas por encima de las cercas; las naranjas asoman su risa de oro en un barnizado estuche de hojas; muchas tapias quedan ocultas bajo la



UN INGENIO EN DÍA DE PAGO